

pues Morazán estaba ya vencido, aunque a costa de muchas vidas.

En vano se ha tratado, fuérea de Costa Rica, por espíritu de bandería, de desfigurar los hechos ocurridos aquí y talvez ignorados por allá, y se ha querido ver en ellos la mano del partido obscurantista. A los costarricenses nos tienen sin cuidado los juicios falsos y parciales que a propósito del asunto se han formado, pues sabemos a qué atenernos; que la relación de los sucesos la hemos oído de labios de nuestros padres y abuelos, no de los de oradores políticos.

En Costa Rica nadie se desvivía por lo que podemos llamar los ideales de Morazán; había sí entre los hombres públicos, enemigos acérrimos de Carrillo—el competidor temido siempre, por sus virtudes, su ilustración, ideas avanzadas y prestigio evidente—y adversarios del régimen semi-monárquico por él establecido, franca y lealmente, no para enriquecerse y deleitarse con la tiranía, sino de buena fe, por una aberración, si se quiere calificar así, llevado del deseo de inculcar en este pueblo hábitos de orden y trabajo y de impulsarlo por la vía del progreso, tarea en la cual colaboraron hombres como él, honrados y distinguidos, no mezquinos intrigantes. Esos contrarios de Carrillo atraieron a Morazán, sacaron con él la brasa y lo rodearon para gobernar en su nombre. Morazán les dejó hacer, antes que todo, ensañarse hasta contra las cosas